

I

Riiiiiiing, riiiiiiing, riiiiiiing. Ese sonido atraviesa paredes que parecen hechas con viejo musgo, húmedo y oloroso a miles de cosas juntas. El riiiiiiing, riiiiiiing, riiiiiiing parece ir dejando de ser sonoro para convertirse en gaseoso, entrando por rendijas y pequeños hoyos. Insistente, penetrante, va llegando a un lugar recóndito del cerebro donde la conciencia se esconde, plácida, laxa, a un paso de irse del cuerpo llevándose sus 21 gramos.

Entonces ese riiiiiiing, riiiiiiing, riiiiiiing se vuelve un salvavidas, trayendo de vuelta a la superficie ese cuerpo casi inanimado que al fin reacciona.

Dormir como si un tronco descansara en tu pecho, como si cemento circulara en tus vías respiratorias. Yacer casi como objeto inanimado en un apartamento destartado en un callejón de colonia olvidada y decadente.

Ring, ring, ring, es un gris aparato telefónico que está tirado en el piso. Es un objeto viejo, alguien lo llevó allí cuando se construyó ese inmueble y lo heredó a quienes llegaron uno tras otro a alquilar ese apartamento cada vez más descuidado, más en ruinas. Tuvo que sonar muchas veces, quizá cientos de veces, por horas, en un riiiiiiing riiiiiiing interminable para que al fin alguna neurona reaccionara y conectara con otra e hicieran regresar aquel cuerpo.

Alguien quería saber si en esa casa y en ese cuerpo había vida. ¿O era alguien con el número equivocado? ¿O un cobrador telefónico requiriendo los pagos pendientes? Muchas veces el pequeño recinto de tres ambientes estuvo a punto de convertirse en el mausoleo de una Julieta olvidada por sus Romeos.

Cada vez le costaba más volver del sueño, las pastillas que le daban parecían cada vez más fuertes, como tranquilizantes para animales, como si dardos con flores artificiales en un extremo se clavaran en su cerebro y en su conciencia para apagar el botón de *on a off*.

Aquel sonido agudo se mezclaba con la canción de ABBA que tanto le gustaba a la vecina de al lado, todo daba vueltas en su mente mezclado con aquello de *“you are a dancing queen, young and sweet, only seventeeeeeeee, dancing queeeeeen”*.

Tocó el piso con los pies desnudos y lo sintió duro y frío. El riiiiiiiing la enloquecía, debía desconectar ese aparato infernal para que dejara de estar interrumpiendo ese remedo de muerte que tenía en su desordenada cama. Trastabillando, en una extraña escena con música sueca de fondo (*“feel the beat from the tambourine, you can dance, you can jive, having the time of your life”*), llegó a la sala de estar pero no miraba nada, otra vez el rímel de varios días sin quitar le tejía las pestañas y miraba el mundo como adentro de la red de un pescador, con ojos rojos y vidriosos.

Una luz que se colaba con sigilo iluminaba a aquella mujer medio vestida, medio desnuda, con calcetas diferentes en cada pie (*“see that girl, watch the scene, digging the dancing queeeeeen”*).

El sonido del teléfono la guiaba pero todos sus sentidos parecían todavía atontados, empezando a reaccionar apenas. Al fin lo encontró y levantó el auricular, más para que dejara de sonar que para comunicarse con otro ser humano. Una voz que hablaba a mil por hora parecía recriminarle demasiadas cosas a la vez como para que pudiera entender. Mejor se concentró en intentar recordar qué día y qué hora eran. La luz que se asomaba por la pequeña ventana de la cocina podría ser del amanecer o del atardecer, no podía estar segura.

La voz reprochaba cada vez más insistente, preguntando dónde había estado, con quién, haciendo qué. “¡No sabía si estabas

muerta!, llevás días sin contestar el puto teléfono. La situación está muy fea, cualquier cosa puede pasarte, ya basta de esa vida, Gabriela, por favor, ya basta. Te vas a morir, entendé”. La ráfaga de palabras se interrumpió por un estallido de llanto. La resucitada seguía buscando pistas para saber el día y la hora. ¿Era lunes? ¿Viernes? ¿Empezaba un día? O ¿terminaba?

“¿Es que no vas a decir nada?”, dijo la voz al buen rato de estar llorando. “Eeeehhh, sí, ¿qué hora es? ¿qué día?”, dijo Gabriela. Del otro lado solo se alcanzó a oír más llanto sofocado por la propia mano de quien lo emitía y luego el tu tu tu tu tu tu tu que la dejó un poco más despierta, empezando a sentir más funciones físicas, como unas tripas que parecían hablar pidiendo aunque fuera agua.

(“*digging the dancing queeeeeeen, digging the dancing queeeennnnn*”).